

## EL PAPEL POLITICO Y CULTURAL DE LIBANO

Por el *Dr. Emílio KOURY HARBE.*

Estudiar en nuestros días el papel político y cultural de Líbano en el Mediterráneo es coincidir con el desarrollo de una grave crisis internacional de orden político e ideológico que hace de la cuenca oriental del Mediterráneo el punto de mira de la atención mundial. No es sino pura coincidencia y desde luego, no es mi intención abordar de frente el espinoso problema del Canal de Suez en su relación directa con la política general de Líbano. La crisis actual es un eslabón en la larga cadena de la historia del Mediterráneo, y su estudio completo requiere para su clara comprensión un análisis de la evolución de la vida del Medio Oriente desde los orígenes. En otras palabras, es sencillamente una crisis más, debida al mismo ímpetu que cien veces ha sacudido aquel crucero de continentes y de razas, antes de que existiera el canal mismo, el cual no es hoy sino un pretexto, sea lo que piense sobre su legitimidad. Sin embargo, yo me consideraría ampliamente satisfecho si el examen del papel de Líbano en aquella siempre agitada parte del mundo, pudiera arrojar un poco más de luz sobre el problema del canal, cuyas fluctuaciones actuales importan en rigor mucho menos que sus consecuencias inevitables para el resto del mundo. Pues, la opinión pública mundial se deja fascinar por los procedimientos y argucias que están a la vista, mientras olvida ir más al fondo y ver lo que se oculta tras de la cortina.

El Mediterráneo es el teatro principal en el que se han desarrollado 5,000 años de la vida de Líbano. Y tan paradójal como pueda aparecer tal aserción respecto de un país, o mejor dicho de un pueblo, tan pequeño como el de Líbano, este pueblo ha tenido en la vida del Mediterráneo una influencia que ningún otro pueblo ha podido superar. Todos los grandes imperios que han surgido allá, a lo largo de los milenios, y que durante

un tiempo han llenado los horizontes con el fulgor de su potencia y civilización, todos han dejado de existir. Han dejado también de ser si no un recuerdo más o menos glorioso, sí más o menos triste, las gigantescas luchas que hicieron del Mediterráneo un inmenso campo de batalla. De todo aquello sólo sobreviven unos ejemplos, unas ideas, unas leyes, unas obras, que ahora forman parte, ya no del patrimonio de los hombres o pueblos que nos los legaron, sino del patrimonio universal de la humanidad, y que ahora forman la parte más preciada, más valiosa, de este patrimonio. Y me atrevo a decir que en la formación de tal patrimonio universal los libaneses de la antigüedad, los fenicios y sus descendientes, se han colocado al frente, a la vanguardia de los mejores servidores de la humanidad.

Para muchos de los que, fuera de Líbano y de los círculos de especialistas, oyen en la última década, con más y más frecuencia, tal aserción respecto del papel de Líbano en la evolución de la civilización, la reacción es casi idéntica: asombro o incredulidad. Mercaderes y piratas y en el mejor de los casos buenos mercaderes, buenos navegantes y exploradores, tal es sobre los fenicios la opinión que priva en la generalidad. Y no hemos de extrañarnos de que así fuera. Los estudios clásicos en la casi totalidad de las escuelas y universidades del mundo adoptan, sin reserva, lo dicho por los griegos, rivales de los fenicios, y por los romanos, sus enemigos mortales. Y como la cultura básica de Europa y de América sigue siendo heredera de la cultura greco-latina, y como no hay especial interés en poner en tela de juicio lo que enseñan Grecia y Roma sobre los pueblos del Oriente, tamaño error puede perdurar indefinidamente. Lo mismo que puede ocurrir, aunque por motivos distintos, con la actitud de europeos y orientales respecto de las antiguas civilizaciones de América, tan brillantes y sin embargo tan poco conocidas fuera de este continente. Es por eso que la alentadora recepción reservada por varios círculos universitarios e intelectuales de México al propósito de fomentar un intercambio cultural entre México y Líbano y más allá, el Medio Oriente, compromete nuestro más cumplido agradecimiento.

En aquel mar interior de un millón y medio de kilómetros cuadrados que une y divide a tres continentes, hasta el descubrimiento de América por Colón y también después, el centro de gravedad de la vida política se ha desplazado lentamente del sureste al noroeste, a medida que las civilizaciones medio orientales enriquecidas por aportaciones locales penetraban hacia el occidente. Las condiciones económicas en el valle del Eufrates y en el valle del Nilo, así como las grandes migraciones de

pueblos debidas a razones del mismo carácter, determinaron desde muy temprano, de principios a mediados del segundo milenio antes de Cristo, la formación de dos grandes imperios; el de Babilonia y el de Egipto. Sucesivamente nacieron otros imperios: el hitita, el asirio, el neobabilonio, el persa. La hegemonía militar y política pasó luego a los cartagineses, a los romanos, a los bizantinos, a los islámicos y a los turcos. En el siglo XIX nacen dos nuevos imperios en el Mediterráneo; el inglés y el francés, que comparten con el turco la preponderancia, hasta el colapso en 1918 de los otomanos. La conquista de Libia y de Etiopía permite a la Italia de Mussolini una intervención creciente en los asuntos del Mediterráneo. Dos otras grandes potencias europeas, Alemania y Rusia, tratan sin éxito de hacerse allí un lugar. La Alemania de Guillermo y de Hitler fracasa en las dos guerras que desencadena. Rusia logra extenderse hasta los confines orientales del continente asiático, pero el paso a los mares libres y principalmente al Mediterráneo, objeto de su codicia secular, le queda cerrado. En los 10 años que suceden a la conclusión de la Segunda Guerra Mundial, de los imperios de Gran Bretaña y de Francia dos veces victoriosos ya no quedan en la actualidad más que escasos vestigios. Casi todos los pueblos anteriormente sometidos a la dominación extranjera logran un régimen de independencia más o menos completa. La época actual marca el fin de esos imperios y el renacimiento de nacionalismos durante mucho tiempo comprimidos.

Este hecho capital y único en la larga historia de los pueblos del Mediterráneo coincide con la entrada de los Estados Unidos y la participación creciente de los demás Estados americanos, en la política general de aquella parte del mundo. Se puede decir que la intervención americana en esta política ha sido un factor preponderante en la liquidación casi total de los imperios y el acceso de muchas naciones pequeñas a la independencia, lo mismo que la rivalidad entre las demás grandes potencias. ¿Quiere esto decir que la liberación de la dominación extranjera, alcanzada por aquellas naciones, constituye un paso firme y encierra en sí promesas de estabilidad y de paz?

La breve revista que hemos hecho de la sucesión de los imperios en el Mediterráneo en general y en Medio Oriente en particular, puede sugerirnos la respuesta adecuada a esta inquietante cuestión.

Entre grandes y pequeñas, entre europeas, asiáticas y africanas, giran alrededor de este gran lago que es el Mediterráneo quince naciones. Para varias otras no de poca importancia, el Mediterráneo constituye un lugar de paso, semi-obligado por ser el más corto, entre el occidente y el oriente.

Y para todas, una puerta de acceso hacia las inmensas riquezas de Asia y de Africa. Es decir, que todos los acontecimientos internacionales tienen una repercusión directa en aquel punto estratégico sin par. Quien tenga el dominio del Mediterráneo tiene una posición clave para la dominación universal. Ello nos explica, por ejemplo, el empeño de Europa en el siglo XIX, de mantener vivo en contra del odio universal, el imperio turco, llamado "el hombre enfermo", porque su debilidad en la posición estratégica que ocupaba constituía una garantía de seguridad para las grandes potencias. Y de allí el temor a que su sucesión, si llegase a caer en manos de un hombre fuerte, constituyera un arma terrible contra la libertad de tránsito. Cuando el príncipe de Egipto, Mehemet Alí, vasallo de Constantinopla, quiso apoderarse de esta sucesión alrededor de 1840 (todavía no existía el Canal de Suez ni habían sido descubiertas las inmensas reservas de petróleo del Medio Oriente) una reacción furiosa de las principales cancillerías de Europa le obligó a renunciar a sus peligrosas pretensiones. Y la creación postiza en el siglo XX del Estado de Israel obedece a las mismas consideraciones.

¿Cuáles son, pues, en la actualidad, los problemas más graves para aquella región y para el resto del mundo, después de la liquidación de los últimos imperios o precisamente en relación con esta liquidación?

Hemos echado ya un vistazo sobre la sucesión de los imperios mediterráneos. Nos queda por ver la razón de aquella sucesión. Es, pues, una razón por demás sencilla. El más fuerte aprovechaba su superioridad sobre el más débil para ocupar su lugar y someterlo a su vez. Y la tentación era demasiado fuerte para resistirla. La historia se repite, dicen. Ahora que ya no hay ningún imperio allá, me refiero al Medio Oriente; ahora que ya no hay allá ninguna fuerza organizada capaz de tener en jaque las ambiciones de un nuevo imperialismo; ahora que ya no hay sino un conjunto de Estados pequeños con estatuto de independencia, ¿existe tal tentación, existe tal peligro? ¿Y en el seno de quién podría surgir?

Tres perspectivas se ofrecen a nuestra observación: el zionismo, el comunismo y el panislamismo.

*El zionismo.*—El Estado de Israel ha sido creado por las grandes potencias en previsión de la evacuación del Medio Oriente por sus fuerzas, a fin de contra-balancear el posible incremento del poderío militar y político de los Estados vecinos, una vez vueltos independientes y soberanos, y neutralizar su impacto en el plan regional e internacional. Pero el Estado de Israel, respaldado por el judaísmo internacional, no se con-

forma con el papel de guarnición que le fue asignado. Tiene sus propias ambiciones basadas en la creencia hebraica de la tierra prometida, la cual, según dice el Antiguo Testamento, abarca un inmenso territorio, comprendiendo el valle del Nilo hasta el valle del Eúfrates superior, es decir, Egipto, Yemen, Arabia Saudita, Jordania, Líbano, Siria e Irak. Tal pretensión está inscrita en el frontis del parlamento del nuevo Estado y forma parte del credo político y fundamental de todos los partidos políticos hebreos. Por cierto que Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia, a fin de calmar las legítimas aprensiones de los pueblos amenazados, han hecho la promesa de mantener el *statuo quo* actual respecto de las fronteras respectivas de los países enemigos. Pero la amenaza subsiste y es motivo de un constante estado de alarma. Por su parte la Unión Soviética, que ve en la existencia de Israel un magnífico instrumento de propaganda y agitación política, ha contribuido a su instalación y defensa, mientras explota para sus fines particulares y con una habilidad consumada, la hostilidad marcada contra las potencias occidentales, de los palestinos espoliados y de los habitantes de los demás países amenazados.

*El comunismo.*—El segundo problema con que se enfrenta el Medio Oriente, radica el comunismo. La política rusa de expansión, inaugurada por los zares desde Pedro el Grande, sigue siendo al pie de la letra la de sus sucesores comunistas, con la diferencia, claro está, de los métodos aplicados. Hemos visto cómo el paso hacia el Mediterráneo había quedado cerrado para Rusia, sea a través de los Dardanelos, o de Trieste, o de Grecia. Utilizando hábilmente la miseria de las masas en muchas partes del Medio Oriente, las dificultades locales de orden político o económico de los Occidentales, así como el conflicto palestino, la Unión Soviética brincó por encima de los obstáculos y empezó a coquetear con Egipto, colocándose en plan de amiga del más grande de los países de habla árabe, campeón de la lucha contra Israel. ¿Cuáles son sus finalidades?

¿Servir, como pretende, los intereses de las naciones del Medio Oriente? Ya sabemos que la Unión Soviética fue uno de los primeros países en el mundo que reconoció el Estado de Israel, con sorpresa general. Y hasta la fecha sigue manteniendo su apoyo a la existencia de aquel Estado. Pero al mismo tiempo, vende armas a Egipto y Siria en su pugna contra Israel. ¿Para qué sirven, pues, esas armas que no pueden acabar con Israel, ya que Israel está sostenido por la Unión Soviética misma y por el occidente, ni pueden pesar mucho en la balanza de una contienda internacional?

Se sabe, por otra parte, que cuando hace trece años, Líbano reivindicó su independencia ante el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, la Unión Soviética apoyó abiertamente sus reivindicaciones hasta la hora de la votación. La mayoría de los miembros del Consejo habían votado a favor de Líbano. El conflicto quedaba virtualmente resuelto. Pero, con sorpresa general, al último momento el representante soviético, cuya opinión favorable era ya conocida *urbi et orbe*, se levanta y opone su veto. Otro dato: Jordania postuló recientemente su admisión como miembro de las Naciones Unidas. La Unión Soviética opuso igualmente su veto, hasta obtener, a cambio, la admisión de uno de sus satélites.

¿Cuáles pueden ser, pues sus finalidades? En el caso actual del Canal de Suez la Unión Soviética respalda al Coronel Abdel Nasser, prometiéndole su ayuda militar a carta cabal, quien sabe en que forma, lo que refuerza inmensamente la posición y el prestigio del Presidente egipcio. En presencia de un conflicto tan grave, uno de los más graves que ocurren desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, cabe meditar detenidamente sobre sus posibles consecuencias. Puede ocurrir que las dos partes directamente interesadas se aferren obstinadamente a sus posiciones y entonces estallen las hostilidades. Si es una guerra localizada entre Francia e Inglaterra por un lado, y por el otro, Egipto y unos países de habla árabe (porque no se trata de ninguna manera de la participación de todos los países de habla árabe en el conflicto, como veremos posteriormente) porque la suerte de la guerra no puede ser dudosa. Es una inmensa y pronta desgracia para Egipto y sus eventuales aliados. Si es una repetición de la guerra de Corea, lo que parece como más probable, la desgracia es todavía mayor, porque ello resultaría en una destrucción espantosa de la región comprendida en el campo de las hostilidades, y nada puede compensar los horrores indescriptibles de tal destrucción. Si, por último, este conflicto local degenera en conflagración universal, pues mejor no hablar de ello, porque la mente se niega a pensarlo.

De todas maneras, en caso de guerra local o general, Egipto y sus aliados regionales salen destrozados o aniquilados y en vez de aguardar doce años, es decir, hasta el año 1968, como está convenido, para tener el control íntegro del canal, tendrá Egipto que pensar durante varias décadas en la manera de volver a la vida.

O bien puede suceder que las dos partes lleguen a un arreglo pacífico. Y entonces sale el Presidente egipcio laureado de gloria y mejor preparado y más fuerte para perseguir en Egipto y fuera de Egipto la meta que se ha fijado y que él mismo ha confesado y proclamado, esto es,

la realización de la unión de todos los países de habla árabe bajo la bandera egipcia. Pero tendrá, como es lógico, que pagar su precio a la potencia que le habrá ayudado a salir del paso, a la Unión Soviética. ¿Y cuál puede ser el precio sino la implantación de la influencia soviética en esta posición clave del Mediterráneo y una de las posiciones clave del mundo? Así habrá Rusia alcanzado uno de sus objetivos seculares. Y de allí al comunismo puede no haber más que un paso.

Este rápido esquema de las eventualidades que pueden ocurrir en la estela del conflicto del canal deja por cierto en la sombra muchos aspectos secundarios, como deja en la sombra la eventualidad de una pugna prolongada de carácter político y económico en la que la Unión Soviética podrá cosechar muchas ventajas en pro de la afirmación de su influencia.

Antes de pasar al tercer problema, que es el panislamismo quiero aclarar el hecho de que es muy improbable la participación de todos los países de habla árabe en un conflicto armado contra las potencias occidentales. Es un hecho patente que todos esos países han proclamado su solidaridad con Egipto y su apoyo total, incluso el militar, en virtud del pacto de la Liga Árabe, el organismo regional que rige sus relaciones mutuas. Pero el pacto de la Liga no es el único pacto en vigor respecto de ciertos países miembros de aquel organismo. Existe también para Irak el pacto de Bagdad contra el comunismo, firmado con Inglaterra, Turquía, Irán y Pakistán, en defensa de la zona que va de los Dardanelos a las fronteras de la India. Siempre y cuando los rusos no estén metidos en un conflicto dentro de esta zona, el pacto de la Liga surte sus efectos. Pero al inmiscuirse los rusos militarmente, las cosas cambian de aspecto e Irak tiene que cumplir con sus compromisos derivados del Pacto de Bagdad. Así, pues, parece que la solidaridad de Irak con Egipto en el caso del canal es muy teórica, como lo es en regla general. El antiguo antagonismo entre el valle del Nilo y el valle de Eufrates no ha dejado una vez más de manifestarse.

Por otra parte, Líbano no puede prácticamente estar del lado de los rusos en un conflicto entre éstos y las potencias occidentales. Líbano tiene la mitad de sus hijos en el continente americano y no se le puede ocurrir descuidar este factor. También existe otro factor que se llama la mayoría cristiana de Líbano, que por medio del clero, todavía bastante influyente, no deja de tomar en cuenta la opinión o el sentir del Vaticano. Por fin, Líbano no ha olvidado que ha sido diez veces invadido y en parte destruido por los egipcios y que hace ciento quince años perdió su independencia por haberse metido del lado de

Egipto en el conflicto del Príncipe Mohamet Ali con las potencias occidentales.

*El panislamismo.*—Hemos citado entre los quince imperios que se sucedieron en el Mediterráneo, el imperio islámico establecido por los califas árabes o sea vicarios de Mahomet, fundador del Islam, nacido, como es sabido, a principios del siglo VII de la era cristiana. Este imperio se extendió desde el Ganges hasta las riberas africanas del Atlántico y España. Casi todos los pueblos conquistados fueron convertidos al Islam, menos España y la parte montañosa de Líbano, el Monte Líbano, el cual jamás fue sometido. Entre las provincias de aquel inmenso imperio, las que circundan el Mediterráneo y el valle de Eufrates, menos Turquía, conservaron el idioma árabe, el idioma del conquistador y sobre todo de su libro sagrado, el Korán. Estos son los países que hoy se llaman árabes, por su habla. Ahora bien, ¿son realmente árabes todos los pueblos que habitan esos países? ¿Son árabes Irak, Líbano y Siria, que tenían, los dos primeros, dos o tres mil años de vida individual intensa y de civilización brillante, anteriormente a la invasión árabe, civilización y vida intensa que nunca tuvo Arabia? Son pueblos en gran parte de origen semita. Y los israelitas lo son también, y nunca se les ocurre a los portaestandartes del arabismo llamarlos árabes. ¿Son árabes los egipcios de los faraones? ¿Son árabes Libia, Túnez, Argelia y Marruecos, que no tienen nada de semitismo más que el contacto con las tropas relativamente poco numerosas de invasión, las cuales no eran todas árabes? Y ¿cuál puede ser entonces el lazo de unión entre todos ellos sino el lazo religioso y el idioma? En esas condiciones, el arabismo ¿qué puede ser para los campeones de la unión árabe sino el disfraz de un concepto de nacionalidad basado en la religión y en el idioma del Korán; un concepto de nacionalidad que ni toma en cuenta el factor geográfico para la constitución de un Estado viable, aquel factor que en el caso apenas serviría para la constitución de un imperio sin ninguna oportunidad de duración, aunque tuviera alguna de ver la luz? Este es el sueño que llaman de la unión árabe, sueño acariciado por Jamal Abdel Nasser, quien en ello sigue el paso de Faruk en su mejor época, cuando el rey ahora destronado solía ofrecerse el lujo de dejarse crecer la barba, imitando a los califas.

Pero para realizar este sueño irrealizable, para lograr la creación de un nuevo imperio de estilo, digamos, anticuado, para hacer esta formación política de inspiración típicamente imperialista en una época y lugar en los cuales toda la política contemporánea se plasma en contra

del imperialismo, ¿con qué y con quién pueden contar nuestros unionistas, sino con una potencia bastante fuerte en el plan internacional como para sobreponerse a los inmensos obstáculos previsibles e imprevisibles, o bastante astuta para hacer de esta meta una fuente de perpetua agitación? ¿Y cuál sería esta potencia y cuál su interés?

Zionismo, comunismo, panislamismo, tales son los grandes problemas que se perfilan lúgubrementemente en el cielo azul del Mediterráneo oriental en torno a la preocupación actual del Canal de Suez, última de las crisis graves que han ensombrecido miles de veces aquella región tan agitada del mundo. A la luz de este principio de incendio ¿podemos prever con cierta claridad el papel de Líbano, ya prefigurado a través de los milenios de su historia? La posición geográfica de Líbano ha sido determinante en su evolución histórica. Faja estrecha de tierra, bañada por las aguas tibias del Mediterráneo y coronada por altas cimas que oponen un fuerte contraste a su derredor, Líbano parece como si diera la espalda a las tierras que le circundan. Pero a pesar de esta apariencia, sus costas son tal vez el lugar del mundo que más fue pisado por pueblos extranjeros, venidos pocas veces como amigos y las más como conquistadores y enemigos. Tierra de paso en el cruce de tres continentes, pero patria de un pueblo progresista inquebrantablemente atado a su independencia y libertad, su posición estratégica y sus codiciadas riquezas proverbiales han sido para él, al mismo tiempo que la fuente de una gloria imperecedera, el motivo de grandes desgracias. En parte o en totalidad Líbano ha sido invadido un número incalculable de veces, oponiendo sus grandes ciudades a muchos invasores una resistencia poco común. No hay casi una sola de aquellas opulentas ciudades que no haya sufrido una o varias destrucciones totales. Los egipcios abren, los primeros, la serie ininterrumpida de aquellas invasiones brutales desde el año 2400 A. C., con el rey Pepi de la sexta dinastía. A principios del segundo milenio, con la décimasegunda dinastía y luego con la décimoctava y décimanovena, a mediados y fines del mismo milenio, las conquistas se suceden con más frecuencia. Otra tentativa más en el siglo x. Entre tanto, llegan los hititas seguidos por los filisteos. Aparecen en seguida las hordas salvajes de los asirios a partir de 1,100 y vuelven 9 veces en 500 años. El imperio neobabilónico con Nabucodonosor, deja en lo que toca, siniestros recuerdos. Los persas entran en escena en 346, queman Sidón y ahogan el incendio en la sangre. Alejandro el Magno ejerce su rabia contra Tiro. Los romanos se escarnecen contra los cristianos. Arabes y kurdos tratan en vano de

escalar las montañas. Los turcos matan de hambre a 300,000 indefensos. Tales recuerdos ¿no bastarían para inspirar a Líbano, al Líbano de hoy como de ayer, el temor a los imperialismos, a toda clase de imperialismos y en modo particular a los que surgen o pueden surgir cerca de sus fronteras?

La historia de Líbano, una larga historia de más de cinco mil años, puede ser analizada desde dos ángulos principales: por un lado su lucha milenaria para defender su independencia o para recuperarla, y por el otro su expansión pacífica en el mundo. Su riqueza proverbial, la proverbial opulencia de sus ciudades, Líbano las debió a sus épocas de independencia entre dos invasiones. Para no ir lejos, en menos de diez años de aquella preciosa independencia, entre 1945 y 1955, Líbano, uno de los países más pequeños, ha logrado colocarse entre los cuatro más grandes mercados financieros del mundo.

Pero no es a su milagrosa prosperidad a lo que Líbano debe el lugar excepcional que ocupa en la evolución de la humanidad. Más bien lo debe a la expansión de su pueblo en el mundo desde una remota antigüedad, y a su aportación a la civilización universal. Mientras tantos otros pueblos se mataban para conquistar un territorio, expoliar unas ciudades, someter a los vencidos a su yugo, el pueblo de Líbano iba por el mundo vendiendo sus servicios, servicios de toda clase: artesano, ingeniero, arquitecto, comerciante, industrial, marinero, profesor, artista, científico, poeta, filósofo, legista, estadista, etc. En la actualidad uno de los comercios más prósperos y florecientes de los libaneses es todavía la venta de sus servicios. Este comercio, comercio de ideas, técnicas y ciencias, lo mismo que comercio de mercancías, ha sido en el Mediterráneo, cuna de la civilización, el más importante factor de esta civilización. Sale sobrando insistir sobre el hecho bien conocido de que los fenicio-libaneses han fundado y construido alrededor y en las islas del Mediterráneo más ciudades que los que podían destruir todos los antiguos imperios reunidos. Pero ¿cuáles fueron sus aportaciones sobresalientes cuyo mérito otros pueblos quieren atribuirse indebidamente, en su mayor parte, dejando a los fenicio-libaneses tan sólo la fama de grandes navegantes y mercaderes? Tal vez para dar una idea exacta de la importancia del papel civilizador de Líbano, bastaría con citar el nombre de los hombres y mujeres fenicios o de origen fenicio que más contribuyeron al desenvolvimiento de este papel. En lo que cabe, trataré de recordarlos, evitando las explicaciones que, para el lector culto, resultarían superfluas.

Inventores desde el segundo milenio antes de Cristo del alfabeto y de su corolario, el libro, que lleva hasta la fecha el nombre de la ciudad en la que vio la luz, Biblos (Biblia, biblioteca, bibliografía), los fenicios llegan con esta invención capital para la civilización a un mundo todavía en la infancia. Apenas llegando bautizan el continente al pie del cual desembarcan, con el nombre de la princesa Europa, hija del rey de Sidón, raptada según la mitología por Júpiter que, para ello, se había disfrazado de toro. Y según la mitología también, llevan con ellos el prototipo de la belleza femenina, Venus, nacida en las costas de Fenicia, versión griega de la diosa Astarté, de Biblos. Otros dioses llevan igualmente con ellos para poblar el Olimpo, entre ellos Hércules, transfiguración del patrón de Tiro, Melquart. La mitología de los fenicios, sea dicho de paso, difiere considerablemente de todas las mitologías del mundo medio oriental, por el carácter humano y dulce de sus personajes. Jehová había creado el hombre a su imagen. Los fenicios crean a los dioses a su imagen. Y a mayor abundamiento, las ciudades fenicias veneraban a las diosas más que a los dioses. Un rasgo característico de su civilización era cierta ternura, cierta feminidad, cierta poesía, una civilización anhelada y cantada por los poetas de todos los tiempos; y no es de extrañar que el primer canto de amor se haya encontrado en Fenicia, en la ciudad de Ugarit, cuna de grandes poetas.

Los relatos semi-legendarios, semi-históricos, de la llegada de los fenicios a Grecia, cuentan la historia del príncipe Cadmus, hermano de Europa, enviado por su padre Agenor para buscarla, en compañía de un fuerte séquito. Cadmus enseña a los griegos a leer y escribir, les revela el secreto de las artes y ciencias, funda la ciudad de Tebas y la dinastía cadmellana que iba a dar a Grecia, según Víctor Berard y otros especialistas, sus primeros sabios, literatos y poetas. La cultura griega empieza precisamente en las ciudades jónicas que poblaron los cadmellanos. Fue en una de esas ciudades donde nació Homero, cuyo nombre y obra poética acusan rasgos que obligan a pensar haya sido de origen fenicio, o bien en la influencia decisiva de los fenicios en la formación de su genio. Fue también en ciudades pobladas por fenicios donde nacieron, de la posteridad de los cadmellanos, algunas de las más grandes figuras de la literatura griega como Anfión, Hesiodo, Corinne, Píndaro, Epaminondas y Plutarco. Entre los siete sabios de Grecia, el primero de todos fue un fenicio, Tales de Mileto, y también fenicio fue Bías de Priena. Fenicio igualmente Zenón, fundador de la escuela moral llamada el estoicismo, de la cual dice el filósofo belga Paul Gilles en su *Historia de las Ideas Morales*: "La floración de esta grande y

fuerte religión humanitaria fue sin duda el hecho más considerable de la historia moral de occidente. Ella fue la que reveló al mundo el principio de unidad, de universalidad, de catolicidad". Fenicio también fue Pitágoras, aquel genio universal a quien llevó su madre, todavía niño, a Líbano para sumergirlo en las aguas sagradas del Río Adonis. La vida de los fenicios en Grecia era de tan alta significación que los inmortales trágicos, Esquilo, Sófocles y Eurípides, les dedicaron once de las treinta tragedias que nos han llegado de ellos. Es que reconocían en ellos a sus maestros.

Veremos brevemente más adelante el papel de los fenicios en los demás principales centros de cultura y civilización del Mediterráneo. De momento, me parece oportuno volver la mirada hacia la tierra misma de Fenicia.

En la ciudad de Ugarit, o Ras Shamra, ya citada, se ha descubierto hacia 1920 una serie de grandes obras poéticas e históricas del siglo xv A. C., que los intérpretes y traductores europeos han llamado la "Biblia Fenicia". Según ellos, la llamada "Biblia Fenicia", anterior a la Biblia Hebraica, ha tenido sobre la composición de esta última una influencia directa asombrosa. Entre los autores de aquellas obras se destaca el nombre de Ilimilki, a quien se le puede considerar como el primer gran poeta de quien se tiene noticia, y precursor de Homero. La vida intelectual y literaria de las ciudades fenicias estaba cobrando una intensidad tan marcada como la vida comercial e industrial. Estrabón nos enseña textualmente: que se podía instruir en Sidón y Tiro no tan sólo en la astronomía y la aritmética necesarias a la navegación, sino también en todas las ramas de la filosofía. Recordaré el nombre de algunos de los maestros célebres en esas ciencias: Porfirio, Marino, Máximo, Antípater y Apolonio de Tiro, Philón de Biblos, Boetus y Diódoro de Sidón, Longino y Romano el Melodo, de Berite, la hoy Beirut.

De Cartago y otras ciudades fenicias de Africa, cuyo tesoro artístico, literario, filosófico, ha desaparecido en las llamas de la metrópoli destruída por Escipión, nos queda la obra y a veces tan sólo el recuerdo de Terencio, el aristófano de las letras latinas; de Apuleyo, autor del célebre apólogo de Psyché que se cuenta entre las cien más bellas obras del genio poético; de Clitomaco Asdrubal, el filósofo; de los historiadores Sosilos, Silenos y Filinos, de Magon y Hamilcar, autores de los primeros tratados conocidos de agricultura; de Filodemo el musicólogo, y de uno de los gigantes del pensamiento humano, el más grande

de los padres de la iglesia latina, San Agustín, nacido en Tagaste, cerca de Cartago.

El estudio de la influencia de los fenicios en cuanto a la navegación, a la exploración, a la industria en todas sus ramas, al comercio, a la banca, a la agricultura, a la medicina, a la arquitectura, a las artes en general, a la colonización pacífica, y al lugar asignado a la mujer en la vida de la sociedad requiere más atención de lo que se puede concentrar en un trabajo de esta naturaleza. Pero para terminar esta breve revista conviene echemos un último vistazo de la aportación de este pueblo en un campo más directamente ligado con la política general: el derecho y el gobierno de las naciones.

Al referirme a la filosofía moral he subrayado la importancia de la escuela estoica fundada por el fenicio Zenón. Yo quiero volver otra vez a Zenón para asociar su nombre a otros tres personajes fenicios: a un jurista y dos emperadores. El jurista es Ulpiano, y los otros Caracalla y Alejandro Severo, fenicios coronados emperadores de Roma. A ellos tres, fieles intérpretes del sentir de su raza, les tocó formular y establecer, cada quien en su radio de acción, los más altos principios de organización de la sociedad humana: libertad, igualdad, fraternidad, ya puestos en aplicación desde 1000 años antes de Cristo en la constitución política de los reinos y repúblicas fenicias, bajo el signo de la democracia efectiva.

Mientras los grandes filósofos griegos se obstinan en poner distinciones en la condición y derechos de los hombres, Zenón proclama la fraternidad entre todos ellos, y la unidad del género humano, y formula los fundamentos metafísicos del derecho. Ulpiano, junto con su compatriota Papiniano, llamado el príncipe de los jurisconsultos, lanza la primera declaración de los derechos del hombre, gritando a los romanos: "Por derecho natural, todos los hombres nacen libres e iguales." El emperador Caracalla, cuyo Prefecto del Pretorio era Papiniano, concede en su célebre edicto del año 212, el derecho de ciudadanía a todos los habitantes del inmenso imperio romano. Alejandro Severo, cuyo Prefecto del Pretorio era Ulpiano, concede la libertad de conciencia, suprime las leyes restrictivas de la libertad de asociación, autoriza e impulsa los colegios, sindicatos y gremios organizados, y con un admirable y audaz espíritu de tolerancia que escandaliza a Roma, la Roma pagana que se embriagaba con la sangre de los cristianos, autoriza que se eleve un altar público a Cristo.

Creación filosófica y jurídica de los fenicios, la verdadera democracia había existido más de mil años antes de Ulpiano, Caracalla y Alejandro Severo y medio milenio antes de Zenón, con la substancia y forma de las constituciones fenicias en Líbano y en Cartago. Aquellas constituciones eran el objeto de la admiración de Aristóteles, quien decía de ellas que eran tan perfectas que no se sintió durante ocho siglos la necesidad de cambiar en ellas un solo artículo. Era el gobierno del país por la nación soberana. El rey o el sufete electo gobernaba en colaboración con un consejo nombrado por colegios electorales y su autoridad era limitada y censurada por el consejo. A este consejo se tenía acceso por el mérito, no por privilegio hereditario alguno.

En cuanto a la ciencia del Derecho, a la elaboración en la cual los fenicios han tenido una participación sin igual, gracias a los elevados principios del estoicismo, a sus eminentes juristas como Ulpiano, Papiniano y Paulo, cuyas obras forman casi por completo la sustancia del Código de Justiniano, fuente principal del Derecho moderno, además del Código Teodosiano, de la ley romana de los visigodos, de la ley romana de los burgundios, y gracias en tercer lugar a la célebre Escuela de Beirut y a sus maestros llamados ecuménicos o sea universales; en cuanto a esta ciencia esencial a la vida de las sociedades humanas, el tema de la influencia fenicio-libanesa es por sí solo bastante para un estudio detenido; pero no es éste su lugar oportuno ya que no me propongo tratarlo con la especial amplitud que amerita.

Temo haberme extendido demasiado en la descripción de la civilización fenicio-libanesa. Mi propósito principal ha sido demostrar que sólo por la paz se logran los grandes objetivos humanos y si la civilización fenicia ha sido tan fecunda y si la contribución de los fenicio-libaneses a la civilización y a la cultura universal ha sido tan importante, más importante que la de los más grandes Imperios, es porque el pueblo fenicio-libanés lo ha hecho todo bajo el signo de la paz y del amor a la Humanidad. En la paz nace el amor, en la guerra nace el odio. La paz es constructiva. La guerra es destructiva. Líbano ha sido invadido en incalculable número de veces. No hay una de sus ciudades que no haya sido destruída una o varias veces. Pero entre las ruinas acumuladas de aquellas ciudades, entre sus cenizas ardientes, hay más fecundidad que en el corazón del más soberbio de los invasores. Porque nunca esos invasores han podido matar en el corazón de los libaneses sobrevivientes el germen del amor y de la paz.